

1

El domingo

Mateo 21.1-11; 26.6-13;

Marcos 11.1-11; 14.3-9; Lucas 19.29-44;

Juan 12.1-19

«Y a su paso tendían sus mantos por el camino. Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces...» (Lucas 19.36-37).

¡Qué día! ¡Qué semana! ¡Fue el comienzo de la semana cuando murió el Hijo de Dios, cuando murió Jesús! ¡Fue la semana cuando se realizó la más grande de las obras de Dios: la obra que Él realizó en la cruz! ¡Fue la semana que transformó al mundo y la semana que me transformó a mí!

Cuando todos los detalles se reúnen en un solo volumen, la Biblia da cuenta de solamente unos cuarenta y tantos días de la vida de Cristo. A pesar de esto, la narración divina de la semana de Su muerte da numerosos detalles relacionados con Sus actividades. Lo que Jesús hizo durante esta semana en particular, consume un tercio de los libros neotestamentarios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; constituye la mitad del evangelio de Juan. Tan solo el espacio que se le dedica a ella es indicación de que esta

semana es sumamente importante.

Durante Su ministerio, Jesús no pasó mucho tiempo en Jerusalén. Llegada la hora, Él afirmó Su rostro para ir a Jerusalén (Lucas 9.51). Jesús estaba totalmente al mando; fue a Jerusalén a morir.

¿Qué hizo Jesús durante este tiempo? ¡Él enseñó! ¡Enseñó incluso cuando estaba en la cruz! Los judíos afirmaban que querían al Mesías;¹ no obstante, cuando Este vino, ¡hicieron que lo crucificaran! No encajó en el concepto que tenían de Mesías. ¿Encaja en el nuestro? ¿Podemos aceptar el Cristo de la Biblia?

Echemos una mirada al domingo de la semana que transformó al mundo. Toda la eternidad depende de lo que Jesús hizo en esta semana y de cómo respondemos a ello.

LA UNCIÓN

El primer evento del domingo, fue la unción de Jesús (Mateo 26.6–13; Marcos 14.3–9; Juan 12.1–8). Él se encontraba en Betania, en casa de Simón el leproso: «Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él» (Juan 12.2).² Durante la cena, María ungió a Jesús con un caro perfume. Este tenía un valor aproximado al del salario de todo un año

¹ «Mesías», que proviene de una palabra hebrea que significa «ungido», es el equivalente de la palabra griega «Cristo» (vea Juan 1.41; 4.25).

² Este evento tuvo lugar el sábado por la noche de conformidad con nuestro sistema de medir el tiempo. Si bien el día de nuestros calendarios comienza a las 12 de la noche, el de los judíos comenzaba a las 6:00 p.m. Por lo tanto, esta cena tuvo lugar cuando comenzaba el domingo. Juan dio pistas cronológicas relacionadas con el evento: 1) Jesús llegó a la ciudad de Betania seis días antes de la Pascua (Juan 12.1), y 2) La entrada triunfal de Él se realizó al «siguiente día», esto es, el día posterior a la cena (Juan 12.12).

de un obrero común.

En este relato se nos enseña la lección de recibir. Durante toda Su vida, Jesús había dado. Tal vez, en tiempos de crisis es más fácil dar que recibir, pero Jesús enseñó ambas cosas.

El verdadero carácter de Judas se pone de manifiesto en esta ocasión, cuando dijo: «¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?...» (Juan 12.4–6). ¡Es asombrosa la libertad con que los apóstoles³ creían que podían criticar y censurar abiertamente a Jesús! La reprensión que hacían de Jesús era áspera e irrespetuosa.

La benevolencia es una bendición para nosotros y para los demás, pero servir a Jesús es de mucho mayor importancia que la benevolencia. Lo que sea que se dé a Jesús *por* ser Jesús, no se le puede considerar «desperdicio». Jesús sacó a la luz los motivos culpables de Judas, y alabó el extravagante regalo de amor de María. Lo que sea que el amor dé a Jesús, siempre es demasiado poco.

Otra lección que observamos en esta escena, es que el costo de tener verdaderos amigos es elevado. Anteriormente, Jesús había resucitado a Su amigo Lázaro de entre los muertos (Juan 11). Esa resurrección llegó a ser parte de la motivación de los judíos para crucificar a Jesús. Nuestras buenas obras pueden suscitar a veces el odio y la persecución.

LA ENTRADA TRIUNFAL

Jesús jamás había tenido una «bienvenida de ala-

³Los apóstoles eran mensajeros «enviados». Eran los doce hombres que escogió Jesús para que le ayudaran a propagar Su reino (vea Lucas 6.13–16).

banza». Eligió darse una aquí (vea Mateo 21.1–11; Marcos 11.1–11; Lucas 19.29–44; Juan 12.12–15). Montó sobre un asno y entró cabalgando en la ciudad como el Rey de los judíos. Al actuar de este modo, obligó a la gente a tomar una decisión acerca de Él. Esto es lo que estaba diciendo: «¡Recíbanme o mátenme!». Planeó con detenimiento Su «entrada triunfal».

Envió a dos discípulos⁴ a procurar un asno que jamás hubiera sido montado. ¡Esto es asombroso! El dueño del asno debió de haber conocido a Jesús y haber creído en Este. Jesús tuvo que tomar prestado un asno porque Él era un «Rey sin dinero». Fue a los súbditos cuando, por lo general, son los súbditos los que van a su rey.

La gente echó ramas y vestiduras sobre el camino que se extendía delante de Él. Ellos gritaban: «Hosanna», que significa: «Salve, oramos». Esta jubilosa entrada constituyó el cumplimiento de la profecía que se encuentra en Zacarías 9.9.

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, fue vencido por la emoción: Su corazón se le desgarró de tristeza. Lloró sobre Jerusalén (Lucas 19.41). Su llanto se dejó oír sobre los que lo iban a rechazar. Jerusalén había sido la ciudad elegida de Dios. Diez mil recuerdos se desvanecían; el tiempo se estaba acabando. Jerusalén estaba a punto de ser destruida en su totalidad (67–70 d. C.).

Jesús entró en la ciudad cabalgando pacíficamente sobre el asno. Sus acciones no molestaron a los romanos que pronto lo estarían crucificando.

⁴ «Discípulos» significa «seguidores» o «aprendices». Esta palabra se usa a veces de modo general para seguidores de Jesús (vea Mateo 9.14) y a veces de modo específico para los doce apóstoles (vea Mateo 10.1).

La multitud del domingo estaba compuesta por galileos, pero la del jueves y el viernes era de habitantes de Judea, y esta multitud clamó por Su muerte. Cuando el Príncipe de Paz vino a la ciudad, fue honrado con cánticos de alabanza. No obstante, esto obligó a Sus enemigos a emprender acciones. Creyeron que el mundo se había ido en pos de Él (Juan 12.19).

¡Los fariseos estaban horrorizados! Exigieron a Jesús que reprendiera (o mandara a callar) a Sus discípulos, pero Jesús rehusó hacer tal cosa. Si Sus discípulos no lo alababan, las piedras hubieran clamado con alabanzas para Él (Lucas 19.40). Esta «bienvenida de alabanza» fue monumental. Si bien Jerusalén había rehusado *escuchar*, ¡el pueblo no iba a fallar en *verlo*!

Jesús tuvo Su «bienvenida de alabanza». ¿Le daremos nosotros una?

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados